

Que la derecha española hace política soliviantando los ánimos de la ciudadanía, que no le quepa la menor duda a nadie, históricamente ha sido así (con consecuencias funestas en muchos casos) y, en este momento, el efecto ha sido, aparte del enfado monumental, el de reagrupar el catalanismo político hacia posicionamientos más coincidentes y reforzar el independentismo. La praxis política de la derecha de “cuanto peor, mejor”, como alarde y demostración de poca visión política, ha generado tensiones muy fuertes en un Estado (y ahí va la gran paradoja) cuyo gobierno aspira a heredar. Por otra parte, el catalanismo no-independentista se ha dado de bruces con la realidad política de un régimen que ayudó a levantar hace 35 años. La recompensa por aquello tenía que ser, tras la larga espera, este Estatut, pero el proyecto de la “asimetría pujolista” ha jugado la partida y finalmente ha fracasado.

El aserto del catalanismo “*Som una Nació*” tiene la suficiente entidad social como para que el Estado lo tuviera en cuenta en el plano político, es decir, con alcance estatutario. Sin embargo, se topa con el concepto de Nación política (súbditos o ciudadanos de una misma entidad estatal independientemente de su adscripción étnica, cultural, idiomática o religiosa) del siglo XIX, que es mantenido como principio incólume, aún en este comienzo de siglo, por la derecha más rancia de Europa y una parte de la izquierda jacobina. Este enfrentamiento es el que origina la crisis y la estructura del Régimen borbónico lejos de usar sus medios (¡que los tiene!) para absorberla, le mete más carga potenciando el estallido:

Un cenáculo denominado Tribunal Constitucional, al que se le ha concedido el excesivo poder para derogar leyes fundamentales (incluso las que han sido aprobadas por el Parlamento mediante los trámites extraordinarios y mayorías cualificadas), fuertemente instrumentalizado por los partidos beneficiarios del régimen, se ha dedicado a ejercer de “tercera cámara legislativa” y ha hecho una lectura política y partidista del Estatuto asumiendo por tanto un cometido impropio. Lejos de atemperar el enfrentamiento entre el catalanismo y el anti-catalanismo lo ha acentuado y ha hecho salir a la calle a tanta gente como nunca antes se había visto. El Resultado es una crisis política del Régimen que se demuestra incapaz de dar respuesta las tensiones territoriales.

Mientras esto sucedía, el Gobierno que llevaba meses esperando alguna buena noticia, le llegó en forma de un *artilugio dorado* también llamado Copa del Mundo, símbolo de las selecciones que han ganado un mundial, y que según los expertos puede significar un crecimiento del 0,7 % del PIB. ¡Ole!

¿Y los aragoneses, qué? ¿Qué pasa después de tanto ir de aquí para allá con las banderas borbónicas para celebrar el triunfo de la selección española en el mundial? ¿Se habrán olvidado que todo una generación de aragoneses luchó para no ser españoles? Después de “la euforia”, puede que veamos imposible que nos consideren nación dada la respuesta que le han dado a los catalanes. Pero aún podríamos reagruparnos para reivindicar nuestro Estado histórico: aquel que tenía un parlamento que no daba cuentas a ningún otro, que acuñaba moneda, que decretaba sus propios tributos y que, si era necesario hacía levas de sus ciudadanos para defender la tierra; prueba irrefutable de que los aragoneses hemos sido independientes... ¡Pero bueno, ya se sabe que según como nos dejamos llevar fácilmente!